



N^a S^a DE GUADALUPE.

Patrona de la República Mexicana.

DIA DOCE.

FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE.

En el siglo décimo sexto de la era cristiana, cuando esta inmensa region de nuestras Américas dominada siglos enteros por la idolatría acababa de ser avasallada bajo el cetro del monarca español, y comenzaba á progresar en ella la luz del Evangelio; cuando sus antiguos y numerosos habitantes aun no bien dominados podian oponer una tenaz resistencia, mas que al yugo extranjero, á los principios de una religion que destruye las supersticiones en que estaban imbuidos; y cuando los predicadores del Evangelio, aunque abstraídos de los intereses políticos, pertenecian á la nacion conquistadora del pais; cuando en fin, la triste situacion de las Américas semejava mas la época en que el Dios de los ejércitos entregaba á los pueblos y naciones al anatema bajo la espada devoradora de su pueblo escogido, que no á aquella otra en que los sagrados Apóstoles llenos de sabiduría y del Espíritu de Dios y obrando maravillas y portentos se entraban desarmados y sin motivo alguno de odiosidad en inmensas poblaciones que llenaban de beneficios al difundir la luz del Evangelio; la Soberana Emperatriz del cielo y de la tierra, la Madre del Dios Hombre, la Corredentora del linage humano, la dulcísima María, descendiendo del altísimo trono de su gloria, vino á santificar esta parte del globo, vino á templar el furor insano de los conquistadores, vino á salvar los restos de un pueblo inmenso que escogia para sí, vino á vencer los obstáculos que la mano del hombre oponia á la empresa de Dios, vino á docilitar la dureza del indigeno, vino á alumbrar y fortalecer al predicador Evangélico, vino en fin á consolar á los pueblos, á disipar sus errores, á romper las cadenas de su obstinacion; lo diremos en una palabra, á arrancarlos del abismo de idolatría y convertirlos á su Dios Soberano.

En efecto, la espada del conquistador no hermanaba bien con la mansedumbre evangélica y la predicacion de una palabra de paz, y el anuncio de una felicidad llena y verdadera, toda espiritual y toda santa: los pueblos conquistados no podian verse con indiferencia dominados de un extranjero que los tiranizaba, y el horror

y la odiosidad que les acarrea su conducta era un enorme obstáculo á la admision de una religion, que si bien de sumo atractivo por su verdad y su santidad, por su dulzura y lenidad, encontraba en los corazones la indisposicion de la odiosidad y la aversion que es natural en los conquistados respecto de sus conquistadores. ¿Qué remedio, pues, á un embarazo de tanto tamaño? En lo humano no lo habia, porque á una poblacion inmensa subyugada por una porcion muy desproporcionada de extrangeros, era muy fácil el sacudir el yugo luego que se decidiesen á recobrar su libertad á culquier costa, por lo que era como de necesidad mantener la conquista con el rigor de la tiranía y el poder de las armas. Mas por otra parte, mientras esta conducta no variase, no podia cesar la indisposicion de los pueblos. Un varon apostólico de aquellos que asombran al mundo como un Javier, con prodigiosa elocuencia, con don de lenguas, con admirable santidad, con milagros y portentos de toda especie, no aparecia sobre el triste Anáhuac; y si bien no faltaban ministros del Señor instruidos y zelosos que predicasen la doctrina evangélica, carecian de aquel prestigio que llena y sobrepuja la espectacion de los pueblos y tenian en su contra ya la conducta del militar sanguinario, ya el ser originarios de la nacion odiada. Así es que una complicacion tan estraña, un embarazo de tanto tamaño solo podian ser vencidos por una medida estraordinaria de la Providencia de Dios, y esta es la que su Magestad halló en su altísimo consejo y que puso en ejecucion enviando á su Santísima Madre, á aquella grande Heroína que quebrantó la cabeza de la antigua serpiente, que sola destruyó las heregías en todo el orbe de la tierra, que protegió las armas españolas dándoles un triunfo que sin un socorro divino casi milagroso, era como imposible que hubiesen obtenido, y que en fin, logrado éste viene á impedir los funestos efectos del poder humano y abrir el camino á la obra saludabilísima de la iluminacion y conversion de un pueblo verdaderamente grande y digno del aprecio y estimacion de las naciones mas cultas de la tierra.

Apenas hay un hecho de los que no están consignados en las sagradas letras mas conocido por obra de Dios, y cuyos motivos ó fines estén mas manifestados que el de la Aparicion de la Santísima Virgen de Guadalupe para la destruccion de la idolatría en las Américas y conversion de sus pueblos á la religion católica. Los efectos de esta obra excelentísima lo demuestran con la mayor evidencia; el racionio lo aclara mas y mas mientras con mayor pro-

fundidad lo medita; y un sentimiento íntimo de los corazones de los mexicanos, semejante á la luz de la razon que da al hombre el conocimiento de lo verdadero y de lo bueno, mantiene y conserva en ellos el convencimiento íntimo de la verdad y realidad del prodigio y del sumo bien que nos ha traído. Encuéntrase para mayor confirmacion la conveniencia del medio adaptado por la sabiduría de Dios á la necesidad en que estas regiones se encontraban. Es verdad que sus pueblos estaban oscurecidos con las tinieblas de la idolatría, y que su fanatismo llegaba al exceso de sacrificar á sus falsas deidades víctimas humanas: tambien es cierto que por la mayor parte eran naciones de un caracter sostenido; mas con todo se daba casi en su totalidad una nobleza de alma de una elevacion verdaderamente admirable en hombres que no conocian á Dios, ni estaban instruidos con los principios de una religion divina que morigera al hombre y le inspira la generosidad y la nobleza. Su inteligencia era en lo que cabe perspicaz y comprensiva, como lo prueban los progresos que habian hecho en las ciencias naturales, el orden de su gobierno y el buen arreglo de su policia. Su moral carecia de las deformidades y torpezas verdaderamente vergonzosas que tanto dominaban en los corrompidos pueblos idólatras de la antigüedad y que se hicieron lugar aun en la misma Roma. Finalmente, sus corazones eran tiernos, sensibles, é inclinados á la piedad, si bien en ésta estraviados por el culto criminal de los ídolos. A tales disposiciones bastante conocidas de los hombres instruidos y bastante marcadas en el carácter americano que en su docilidad y dulzura hace conocer bien cuanto ha templado la dureza europea, ¿qué medio podia ser mas conveniente que el atractivo, dulce y amigable con que la suavísima María llamaba á los mexicanos á la admision de una religion toda mansedumbre y dulzura, toda paz, toda orden, toda convencimiento, toda luz, toda sabiduría? No quiera la dominacion española, ni menos á sus armas, atribuirse la instalacion de tan inmenso pueblo en la verdadera religion: no desconocemos la especie de necesidad que hubo de esta conquista para agregar á la Iglesia los pueblos de América: mucho menos desconocemos el medio adecuado que se puso con la predicacion y la enseñanza de los ministros evangélicos; mas tambien conocemos que una nacion tan numerosa y de tanta variedad de pueblos no se hubiera reducido en su totalidad, si la poderosísima Virgen María

no hubiera venido por disposicion divina á dar todo el lleno á esta empresa gloriosa.

No se nos esconde tampoco la sabia congetura que se ha hecho por ciertos vestigios de que la predicacion evangélica habia llegado á nuestros paises desde los principios de la Iglesia, ni los datos que parece haber para creerse que haya sido el Apóstol Santo Tomas la antorcha que Dios envió para encender en ellos la luz del Evangelio; pero aunque así fuera, como bien nos lo persuadimos, el hecho es, que por un arcano de las permisiones divinas, estos pueblos se hallaban sumergidos en la idolatría, y, ó no habian recibido, ó habian borrado los principios de la religion y el conocimiento del verdadero Dios. Así es que su situacion y su necesidad eran iguales á las de otros pueblos idólatras, y su reforma y el medio con que habia de lograrse, debian ser idénticos á los de aquellos. Por consiguiente nada menos encontramos en la obra de Maria que la obra de la conversion de los pueblos, de las tinieblas de la idolatría á la luz del Evangelio, y de la iniquidad é inmoralidad, á la santidad de la ley y á la moral de una religion toda pura y toda santa. ¿Mas cuáles son los pasos que da la Virgen Santísima para plantear su obra? ¿Acaso recorre los pueblos de la América predicando, enseñando, dando ejemplo, y obrando maravillas? Nada de eso; porque todo eso sobra para quien tiene otros medios, ya invisibles, ya visibles, con que abrirse el camino al logro de su empresa. Ella tiene ministros que la Providencia del Señor ha conducido para poner la diligencia indispensable de la predicacion; pues como dice el Apóstol: "¿Cómo oirán si no hay quien les predique?" Mas ella es la que con su intercesion soberana alcanza del Señor los auxilios de una gracia que solicita, previene y mueve los corazones, y la eficacia de una palabra que aunque toda poderosa no quiere obrar sino por el medio suave del convencimiento y del atractivo. "Yo planté, dice el Apóstol, Apolo regó; pero Dios fué el que dió el incremento." Así el ministro del Evangelio en nuestra América puso lo que era de su resorte; pero el lleno y efecto de su palabra lo dió la Providencia del Señor, movida por los ruegos de María. Ella asiste en todas partes á los predicadores, les proporciona las luces necesarias, les participa de sus gracias, y para dar todo el logro á su empresa, fija su habitacion en un lugar que santifica, y donde derrama á manos llenas beneficios de todo especie y gracias de todo orden. Semejante á un génio benéfico

que para hacer el bien de una nacion da una voz de salvacion, y se fija en un punto á sostener su empresa, para que de todas partes se busquen y aprovechen los influjos benéficos de aquel centro comun, y se consagren al rededor del trono los hijos dóciles y amantes de su bien; María invita amorosa á los felices habitantes de esta parte del globo; les hace saber que es su Madre, y que está dispuesta á promover en todo su felicidad; les indica los medios que deben poner en accion para lograr este bien sumo y de comun felicidad; y para que esta gracia tenga su verificativo y obre sus efectos en toda su estension, fija el centro y lo ocupa con un devoto templo en que eleva su solio y donde promete oír y despachar favorablemente todas las peticiones que se le hagan, dar acogida á todos los que busquen en ella su asilo y su defensa, y distribuir con mano liberal los bienes de toda clase que Dios ha puesto á su disposicion, y con que habilita de lo necesario para merecer, y remunera tambien el mérito adquirido. ¿Mas cómo tuvo efecto esta disposicion tan admirable y tan propia de la Sabiduria divina? ¿Por qué pasos se abrió el camino, se zanjaron los cimientos, se dió principio á esta grandiosa empresa? Vamos á verlo.

Corría el año de 1531, décimo, entrado en undécimo de la conquista de este fértil y hermoso continente, cuando la Soberana reina María que veia apenas planteada en él la religion de su Hijo Sacratísimo, luchando con la idolatría que en tantos siglos habia poseído el pais, por una gracia especialísima y singular favor, se dignó aparecer en él á uno de sus indígenas que se llamaba Juan Diego. Este era natural de Cuautitlan, pueblo pocas leguas distante de la corte de México, y estaba casado con una india llamada María Lucia, residente en el pueblo de Tolpetlac, de la feligresía de Santiago Tlaltelolco, doctrina entonces de los devotos y celosos padres de San Francisco. Era neófito, esto es, cristiano nuevo, recién convertido y bautizado; mas la gracia habia hecho en él tales progresos que se distinguia ya por su virtud y devocion. Pasaba este dichoso indio un sábado, 9 de Diciembre del referido año, de su pueblo á la parroquia de Santiago, á oír la misa de la Santísima Virgen, y la doctrina que despues de ella daban los padres franciscanos; y al dar vuelta al pié de un pequeño cerro llamado Tepeyacac, al amanecer, oyó en la altura del cerro un canto dulce y sonoro que le pareció de variedad de pájaros que á coros se respondian con singular concierto, suavidad y armonía: sorprendido agra-

doblemente alzó la vista y quedó mucho mas admirado al ver á cierta elevacion del monte una nube blanca y resplandeciente, de cuyo centro luminoso partian rayos de luz muy activa que remataban en torno de la nube en un hermoso arco-iris de diversos colores: el júbilo y alborozo se apoderaron de su corazon, mucho mas cuando suspenso el canto, oyó una voz como de muger que le llamaba por su nombre, diciéndole que se acercase. Juan Diego sin titubear un punto, sube á la cuesta, y ve en medio de aquella claridad una hermosísima Señora muy semejante á la que hoy se ve en su bendita imágen, conforme á las señas que dió el indio, ántes de que se hubiera copiado, ni otro la hubiese visto. Su ropage dijo que brillaba tanto, que hiriendo sus resplandores en los peñascos le parecieron piedras preciosas, y los espinos y nopales, manojos de finas esmeraldas en troncos de oro bruñido y reluciente, y que hasta el suelo del corto llano que hay en la cumbre le pareció de aspe matizado de colores. Atento estaba á todo y embelesado, cuando la dulcísima Señora con semblante apacible y halagüeño le dijo en idioma mexicano: "Hijo mio, Juan Diego, á quien amó tiernamente como á pequeñito y delicado, "¿á dónde vas?" Respondió el indio: "Voy, noble dueño y Señora mia, á México, al barrio pe Tlaltelolco á oír la misa que nos dicen los ministros de Dios y sustitutos suyos y la doctrina que nos dan." Habiendo oido la Santísima Virgen su respuesta le dijo: "Sábetete, hijo mio muy querido, que yo soy la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios, Autor de la vida, Criador de todo y Señor del cielo y de la tierra, que está en todas partes; y es mi deseo que se me labre un templo en este sitio, donde como Madre piadosa tuya y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa y la compasion que tengo de los naturales y de aquellos que me aman y buscan y de todos los que solicitaren mi amparo y me llamaren en sus trabajos y aflicciones y donde oiré sus lágrimas y ruegos para darles consuelo y alivio, y para que tenga efecto mi voluntad has de ir á la ciudad de México, al palacio del obispo que allí reside á quien dirás que yo te envío, y como es gusto mio que me edifique un templo en este lugar, y le referirás cuanto has visto y oido; y ten por cierto tú que te agradeceré lo que por mí hicieres en esto que te encargo, y te afamaré y sublimaré por ello. Ya has oido, hijo mio, mi deseo; véte en paz, y advierte que te pagaré el trabajo y diligencia que pusieres; y así harás en esto todo el esfuerzo que pu-

dieres." Postrándose el indio en tierra la respondió: "Ya voy, nobilísima Señora y dueño mio, á poner por obra tu mandato, como humilde siervo tuyo: quédate en buena hora." Habiéndose despedido el indio con profunda reverencia, cogió la calzada que se encamina á la ciudad bajada la cuesta del cerro que mira al occidente. En ejecucion de lo prometido fué via recta Juan Diego á la ciudad de México que dista una legua de este parage y entró en el palacio del Sr. obispo: era éste el ilustrísimo Sr. D. Fray Juan de Zumárraga, primer obispo de México. Habiendo entrado el indio en el palacio del señor obispo, comenzó á rogar á sus sirvientes que le avisasen para verle y hablarle; no le avisaron luego; ora porque era de mañana, ó porque le vieron pobre y humilde; obligáronle á esperar mucho tiempo, hasta que conmovidos de su tolerancia, le dieron entrada. Llegando á la presencia del obispo, hincado de rodillas, le dió su embajada diciéndole: *Que le enviaba la Madre de Dios á quien habia visto y hablado aquella madrugada;* y refirió todo cuanto habia visto y oido, segun que dejamos dicho. Oyó el obispo con admiracion lo que afirmaba el indio, estrañando un caso tan prodigioso; pero no hizo mucho aprecio del mensaje que llevó ni le dió entera fé y crédito, juzgando que fuese imaginacion del indio ó sueño, ó temiendo que fuese ilusion del demonio, por ser los naturales recién convertidos á nuestra santa religion; y aunque le hizo muchas preguntas acerca de lo que habia referido, y le halló constante; con todo, le despidió diciendo que volviese de allí á algunos dias, porque queria inquirir el negocio á que habia ido, muy de raiz, y le oiria mas despacio por informarse (claro es) de la calidad del mensajero y dar tiempo á la deliberacion. Salió el indio del palacio del señor obispo muy triste y desconsolado, tanto por haber entendido que no se le habia dado entera fé y crédito, cuanto por no haber surtido efecto la voluntad de María Santísima, de quien era mensajero.

El desconsuelo de Juan Diego por el poco éxito de su diligencia era bien grande, pero satisfecho de que habia ejecutado cuanto la Santísima Señora le habia prevenido, no tuvo embarazo en volverla á buscar aquella misma tarde en el propio sitio en que habia tenido la dicha de hablarle en la mañana. Encontróla en efecto, y con humilde sencillez le dijo: "Niña mia muy querida, mi Reina y altísima Señora, hice lo que me mandaste, y aunque no tuve entrada hasta despues de mucho tiempo con el señor obispo, lo ví y

le dí tu embajada en la forma que me ordenaste; mas á lo que presumo, aunque me oyó apacible y con atencion, no me dió crédito, porque me dijo que volviese otra vez para inquirir de mí mas despacio el negocio á que iba. Creyó sin duda, que el templo que pides se te labre es un antojo mio y no voluntad tuya; y así te ruego, que envíes para esto á alguna persona noble y principal á quien deba darse crédito; porque ya ves, dueño mio, que yo soy un hombre humilde y plebeyo, y que por lo mismo no es para mí un negocio como el que me has encargado: perdona, Reina mia, mi atrevimiento si en algo me he excedido; no sea que yo haya caido en tu indignacion, ó te haya sido desagradable con mi respuesta." Este razonamiento, que con alguna mas estension consta en el escrito histórico de los naturales, tiene en su misma sencillez y en la naturalidad de sus espresiones la prueba de su verdad, pues aun en sus espresiones cariñosas se descubre ya el carácter del indio espresivo y afectuoso, ya la confianza que le habia inspirado la Santísima Virgen al hablarle con semejantes palabras cariñosas y tiernas. Oyó con benignidad María Santísima la respuesta del indio, y luego le dijo con afabilidad: "Oye, hijo mio muy amado; sabe que no faltan siervos míos á quienes encomendar este negocio; mas conviene mucho que tú lo hagas, y que interviniendo tú, tenga efecto mi voluntad; y así te ordeno, hijo mio, que vuelvas mañana á ver y hablar al obispo, y que le digas que me labre el templo que le pido, y que quien te envia es la Virgen María, Madre del Dios verdadero." "No recibas disgusto, Reina y Señora mia, de lo que he dicho, respondió Juan Diego, porque iré de muy buena voluntad y con todo mi corazon á obedecer tu mandato; que no me escuso ni tengo el camino por trabajo; quizá no seré acepto ni bien oido, ó ya que me oiga el señor obispo, no me dará crédito; mas con todo, haré lo que me ordenas, y esperaré, Señora, mañana en la tarde en este lugar al ponerse el sol, y te traeré la respuesta que me diere; y así queda en paz, alta Niña mia, y Dios te guarde." Despidióse el indio con profunda humildad y fuese á su pueblo.

Al día siguiente, Domingo 10 de Diciembre, vino Juan Diego á la iglesia de Santiago Tlalotelco á oír misa y asistir á la doctrina cristiana, y cumplido este deber, volvió al palacio del señor obispo, y aunque sufrió la misma dilacion que el día anterior, lo vió al fin, y con lágrimas y gemidos le dijo: "que por segunda vez

habia visto á la Madre de Dios en el propio lugar que la primera; que le habia aguardado con la respuesta de su recado; y que de nuevo le mandaba volver á la presencia de su señor obispo, á decirle que le edificase un templo en aquel sitio en que la habia visto y hablado; y que le certificase como era la siempre Virgen María, Madre de Jesucristo la que lo enviaba. Oyóle el obispo con mayor atencion que el día anterior, é inclinándose á darle crédito, le hizo muchas preguntas, amonestándole que viese muy bien lo que decia acerca de las señas que tenia la Señora que le enviaba; y aunque por ellas conoció que no podia ser sueño ni ficcion, para mas asegurarse de la certidumbre le dijo: "Que no era bastante lo que le habia dicho para poner luego por obra lo que pretendia, y que por tanto dijese á la Señora que le enviaba, le diese algunas señas de donde coligiese que era la Madre de Dios la que le enviaba, y que era su voluntad se le labrase el templo." A lo que respondió el indio, *que viese cuál señal queria para que la pidiese.* Hizo reparo el obispo en la seguridad con que Juan Diego prometia la señal que le demandaba, y llamando á dos de sus familiares de confianza, les dijo en idioma castellano, que el indio no entendia, que le siguiesen y observasen bien; pero de modo que él no lo advirtiese, y que notasen bien con quien hablaba, y todo lo que viesen y entendiesen, para traerle de todo una razon exacta. Hízose así, siguiendo los familiares á Juan Diego por todo el camino sin perderlo de vista; mas cuando llegó á un puente por donde se pasaba el rio, casi al pié del cerrillo, desapareció el indio de su vista; y aunque le buscaron con toda diligencia por una y otra parte del cerro, no le hallaron; y teniéndole por mentiroso ó hechicero, volvieron á decirlo así al obispo.

Nuestro Juan Diego llegó á la cumbre del cerrillo, y halló en él á María Santísima que le aguardaba por segunda vez con la respuesta de su mensaje. Humillado el indio en su presencia le dijo: "En cumplimiento de tu mandato he vuelto, Señora mia, al palacio del obispo y le he dado tu mensaje; mas despues de varias preguntas, me ha dicho que no es bastante mi relacion para tomar resolucion en un negocio tan grave, y que te pidiese, Señora, una señal cierta, por la cual conociese que me enviabas tú, y que era voluntad tuya que se te edificase templo en este sitio." Agradecióle María Santísima la diligencia con palabras cariñosas, y mandole volviese al día siguiente al mismo parage, para darle una señal con